

entregado á una corte corrompida.

Nosotros hemos visto los sucesos, hemos palpado su origen, y la posteridad imparcial nunca podrá ser engañada á pesar de las calumnias é imposturas atroces con que una facción encarnizada ha tratado de obscurecer la verdad, suponiendo miras siniestras en el único Héroe Mexicano, cuyas virtudes ensalzará la historia en el desenlace de esos sucesos complicados y ominosos. Pero la redención no se ha consumado, ciudadanos, la Providencia Eterna nos exige nuevos sacrificios, sin los cuales sería ilusoria nuestra felicidad política en este mundo nuevo, que en los decretos eternos está consignado sobre una elevación superior á la de todas las generaciones actuales, en magnificencia, en virtudes, en población y en prosperidad; necesario es que reunamos nuestro valor, nuestra fuerza y nuestras virtudes, para humillar el orgullo de nuestros enemigos, sea cual fuere su nacimiento; y necesario es que sepamos ser libres y verdaderos apreciadores de las virtudes pátrias de nuestros amigos, sea cual fuere su origen.

Y podremos asegurar el triunfo consignado indefectiblemente por la naturaleza en la unión mas estrecha de las opiniones y voluntades, cuando solo aspiramos á seguir cada uno nuestro capricho, separándonos de los verdaderos caminos de la libertad que consiste en obedecer á la ley y á las autoridades que la representan? Si confundimos al despotismo y la arbitrariedad con la justicia y el orden, y á la libertad con la licencia, podremos tener gobierno ni libertad? Este es un error, ciudadanos, que nos conduciría á un abismo mas cruel que la tiranía mas desenfrenada de un Nerón. Volvamos si nó la vista á la nación, que pocos años há abortó esas doctrinas monstruosas de la rebelión, y veremos todos los vestigios del horror y toda la existencia de la tiranía. La sangre francesa derramada por torrentes para anegar en ella á los antiguos tiranos ha sido tan inútil como los demás esfuerzos y sacrificios hechos en el continente de Europa, por alianzar una nueva dinastía mas tiránica que la anterior. Allí veremos los lugares en que se ejecutaron los mayores atentados en nombre de la libertad: allí veremos las plazas y las calles, en donde se inmolaban por centenares á los mismos republicanos que no eran amigos de los gobernantes: allí ve-

remos las casas, los palacios en donde brillaron como relámpagos tempestuosos: la asamblea, el directorio, el tribunado, el consulado y el Imperio. Preguntaremos á los franceses ¿qué produjo tanta sangre derramada? ¿cómo habeis vuelto al estado en que os hallabais cuando comenzó vuestra revolución? El vulgo necio callará confundido, pero los sabios nos contestarán: „Quisimos llevar la libertad hasta confundirla con la licencia: nos permitimos la ejecución de cuanto nos ocurría hacer; nosotros éramos nosotros mismos tiranos, y debia sucedernos que llegase el día en que suspirásemos por la primeras víctimas de nuestro rabioso furor.”

Pero aun sin ocurrir á las fuentes de tanto desastre, las mismas causas han de producir iguales efectos, como ha sucedido poco há con nuestros hermanos de Cundinamarca, de Cartajena y de Caracas, donde los celos indiscretos de aquellos que temian dar demasiado poder al Gobierno, le hicieron tan débil como conviene al enemigo común, y cuando abrumados de las pérdidas y desgracias, puestos al borde del abismo, se quiso confiarle un poder absoluto para reparar el daño anterior, no fué ya tiempo de remedio, porque habia llegado el último término del mal. [1]

Escarinentemos pues, ciudadanos, en cabeza ajena, y no nos dejemos seducir de un embustero, que para engañar á los que le rodean, supone trastornadas nuestras provincias de tierra dentro, y las supone adictas á sus ideas de furor y de exterminio. Todo permanece en paz por beneficio de Dios: los pueblos están cansados de sufrir tantas calamidades; y aunque los principios son difíciles, el Gobierno caminará ya con mas desembarazo á la organización del Estado, y á consolidar las bases de nuestra independencia, libertad, y prosperidad civil. Muchos trabajos, necesidades y amarguras, se nos preparan por la tenacidad de nuestros enemigos; pero qué pudo negarse á la virtud y á la constancia? Mucho

[1] Véase este rasgo en el Duende de Santiago de Chile, donde se detallan unos males idénticos á los que nos prepara el grito funesto del ex-brigadier Santana, y donde se ven retratados los pasos de los Diputados de nuestro Congreso, que declararon aquella guerra secreta entre los dos poderes que nos iba á sumergir en un abismo de desastres. —E.